

de la historia de Francia. Los ingleses ocupaban la meseta de Mont Saint-Jean, un espacio de cerca de dos leguas de derecha á izquierda, que inclinándose hacia el lado de los franceses por medio de una suave pendiente, formaba entre los dos ejércitos un valle de pequeñas dimensiones. Detrás de la meseta y sobre un espacio de muchas leguas, ostentaba su sombrío follaje la selva de Soignes. Para librarse de los disparos de la artillería francesa, los ingleses, situados en la pendiente opuesta de Mont-Saint-Jean, sólo tenían en el borde de la meseta algunas baterías bien pertrechadas y custodiadas. A lo largo de la colina, y por decirlo así de medio lado, un camino de travesía que desde la aldea de Ohain á la derecha de los franceses hasta la de Merbe-Braine á su izquierda, rodeado de cercas vivas en algunos parajes, bastante hundido en otros, presentaba una especie de foso que cubría enteramente la posición de los ingleses y que parecía haber sido ejecutado expresamente para servir en aquella ocasión. El valle que formaba el terreno situado entre los dos ejércitos, pasando sucesivamente al pie de las heredades de Papelotte, de la Haye y al de la aldea de Ohain, servía, estrechándose, de lecho á un arroyuelo afluente del Dyle, y volvía á ensancharse hacia la pequeña ciudad de Wavre que podía apercibirse con un antejo á la distancia de cerca de tres leguas y media, á la derecha de los franceses. A su izquierda, descendiendo este mismo valle en sentido contrario y rodeando la posición del enemigo, vertía las aguas de los alrededores en la ría de Senne. Así, pues, la distribución de las aguas entre la Senne y el Dyle se verificaba delante de los franceses por medio de una especie de terraplén que, yendo desde su campamento al de los ingleses, llegaba hasta la gran calzada de Charleroy á Bruselas. Esta calzada, después de atravesar la meseta de Mont-Saint-Jean, se confundía en este punto con el camino de Nivelles que se descubría á la izquierda adornado con grandes árboles, de modo que Mont-Saint-Jean era el punto de reunión de las dos calzadas empedradas. Por estas dos calzadas fué por donde las diversas porciones del ejército británico, las que habían tenido tiempo de llegar á los Quatre-Bras y las que no habían podido pasar de Nivelles, se juntaron para formar á las órdenes del duque de Wellington la fuerza encargada de disputar á los franceses la toma de Bruselas. Un poco más allá de Mont-Saint-Jean y á la entrada de la selva de Soignes, se encontraba la aldea de Waterloo que dió su nombre á la batalla, porque en ella escribió y fechó sus partes el general inglés.

Los ingleses estaban establecidos en el lado opuesto de la meseta á derecha é izquierda de la calzada de Bruselas. El duque de Wellington, que había entrado en campaña con cerca de noventa y ocho mil hombres, había perdido unos seis mil en los diversos encuentros de los días precedentes. Envió á Hall un grueso destacamento, lo menos de quince mil hombres, por temor de verse rodeado por su derecha, es decir, hacia el mar, temor que no cesó de preocupar su ánimo y que en aquellos momentos no era digno de su criterio militar. Así, pues, no contando algunos otros destacamentos, tenían en Mont-Saint-Jean setenta y cinco mil soldados ingleses, belgas, holandeses, hannoverianos, nassauvienses y brunswikenses. Colocó á su derecha delante

de Merbe-Braine, entre las dos calzadas de Nivelles y de Charleroy, los guardias ingleses, y además la división Alten formada por ingleses y alemanes. Detrás, para prestar apoyo á estas fuerzas, se hallaba la división Clinton en columna cerrada y profunda. La brigada inglesa Mitchell, destacada de la Colvillá, ocupaba el extremo derecho. Esta ala había sido dotada de gran fuerza, á causa de las calzadas de Nivelles y de Charleroy, cuyo punto de intersección guardaba, y tenía además en segunda línea el cuerpo de Brunswick con una gran parte de la caballería aliada. Como última é inútil precaución, apostó el duque de Wellington á tres cuartos de legua, en el pueblo de Braine-le-Alléud, la división anglo-holandesa de Chassé, siempre con el fin de evitar el peligro quimérico de verse atacado por la derecha. En su centro, es decir, en la gran calzada de Charleroy á Bruselas, practicó una corta de árboles en el sitio en donde desembocaba sobre la meseta, colocando en la misma calzada pocas fuerzas, porque las que se hallaban acumuladas á derecha é izquierda debían bastar para su defensa. Un poco más atrás, cerca de Mont-Saint-Jean, dejó de reserva la brigada inglesa de Lambert. A su izquierda, frente por frente á nuestra derecha, la división Picton, compuesta de las brigadas inglesas de Kempt y Pack y de las brigadas hannoverianas de Best y de Vincke, parte emboscada en el camino de travesía de Ohain y la restante detrás, formada en masa. Por último, la división Perponcher constituía su extremo izquierdo y se comunicaba por las tropas de Nassau con la aldea de Ohain. Esta ala izquierda era la más endeble, porque el duque de Wellington contaba con que el ejército prusiano acudiría á reforzarla. Las masas de la caballería estaban distribuidas en la pendiente opuesta de la colina, sin que los franceses pudieran apenas divisarlas.

El duque de Wellington ocupó también algunos puntos separados delante de su posición. A su derecha, enfrente de la izquierda de los franceses, se encontraba el castillo de Goumont en el sitio en donde la meseta de Mont-Saint-Jean comienza á formar un semicírculo hacia atrás, y este castillo comprendía varios edificios, una huerta y un bosque que bajaba casi hasta el fondo de la especie de foso que hemos descrito anteriormente. El duque de Wellington envió á este punto mil ochocientos hombres de sus mejores tropas. En el centro, sobre la calzada de Bruselas había una heredad llamada del Haye-Sainte, consistente en un voluminoso edificio y una huerta. La custodia de este punto fué confiada á un millar de hombres. Por último, á su izquierda y casi al pie de la meseta colocó algunos destacamentos de la brigada de Nassau en las heredades del Haye y de Papelotte.

Así, pues, delante tres fortificaciones destacadas y fuertemente ocupadas; detrás de ellas, en el camino que rodeaba la mitad de la meseta, numerosos batallones emboscados, y por último, al lado opuesto de esta meseta, á derecha é izquierda de la calzada de Bruselas, masas de infantería y de caballería, las unas desplegadas, las otras formando columnas cerradas: tales eran la posición y la distribución del ejército inglés. Como se ve, por el paraje que había escogido, y por el número y la calidad de sus combatientes, presentaba á la audacia de los franceses un obstáculo formidable.

Después de haber examinado la posición del enemigo concibió Napoleón en el instante el modo de atacarle. Resolvió desplegar su ejército al pie de la meseta, apoderarse desde luego de las tres fortificaciones avanzadas, el castillo de Goumont á su izquierda, la heredad del Haye-Sainte á su derecha, y las del Haye y de Papelotte en el centro; dirigir en seguida su ala derecha reforzada con todas sus reservas contra el ala izquierda de los ingleses, que era la menos fuerte por el punto que ocupaba y el número de sus soldados, destruirla por su centro, que ocupaba la gran calzada de Bruselas, apoderarse de esta calzada, única salida practicable á través de la selva de Soignes, y rechazar de este modo al ejército británico hacia la selva cuya configuración debía, si no impedir absolutamente, al menos dificultar la retirada de un enemigo derrotado. Operando por su derecha contra la izquierda de los ingleses, Napoleón tenía la ventaja de dirigir sus mayores esfuerzos hacia el lado menos sólido del enemigo, la de privarle de su principal salida á través de la selva de Soignes, y la de separarle de los prusianos, cuya presencia en Wavre, si no segura, era por lo menos infinitamente presumible. Este plan, en el que brillaban por última vez toda la prontitud y la seguridad del golpe de vista de Napoleón, era incontestablemente el mejor y el más eficaz, teniéndose en cuenta la configuración topográfica del terreno y la distribución de las fuerzas del enemigo. Resuelto ya en la marcha que debería seguir, Napoleón dictó las órdenes oportunas para que sus tropas acudiesen á colocarse en los puntos en donde debían desempeñar el papel que les estaba reservado durante aquella jornada. Habiendo pasado algunas horas después de la última lluvia, el terreno comenzó á endurecerse, y se desplegaron con una celeridad y una perfección admirables. A su izquierda, entre las calzadas de Nivelles y de Charleroy, enfrente del castillo de Goumont, se desplegó el cuerpo de Reille (2.º) sobre el borde del valle que le separaba del enemigo, formando cada una de sus divisiones en dos líneas y conservando la caballería ligera de Piré en el extremo izquierdo para que llevase sus reconocimientos hasta el extremo derecho de los ingleses. El cuerpo del conde de Erlón (1.º), que todavía no se había batido y contaba en sus filas diez y nueve mil infantes, dirigiéndose á formar el ala derecha, es decir, dirigiéndose al lado opuesto, estableció delante de la izquierda de los ingleses sus cuatro divisiones una tras otra, y cada una de ellas en dos líneas. El general Jacquinet con su caballería ligera se hallaba de centinela en el extremo derecho, enviando sus reconocimientos en la dirección de Wavre. Con la artillería de estos diversos cuerpos formó á su cabeza una vasta batería de ochenta cañones. Detrás de esta primera línea, el cuerpo del conde de Lobau, distribuido en partes iguales á derecha é izquierda de la calzada de Bruselas, constituía la reserva del centro. A su izquierda, y por consiguiente detrás del general Reille, se desplegaban los magníficos coraceros de Kellermann, y á su derecha, detrás de Erlón, los coraceros no menos imponentes de Milhaud. Tal era la segunda línea de los franceses, no tan extensa como la primera, pero más profunda y brillante con los coraceros que tenía á sus dos lados. Por fin la guardia, cuya excelente infantería se hallaba en masa á derecha é izquierda de la calzada de Bruselas con los

granaderos de á caballo de Guyot á la izquierda, y los cazadores y lanceros de Lefebvre-Desnoettes á la derecha, la guardia, decimos, formaba la tercera y última línea de los franceses, más profunda y menos extensa que la segunda, de modo que el ejército se asemejaba á un vasto abanico resplandeciente con los rayos del sol que se reflejaban sobre las bayonetas, los sables y las corazas de los soldados de Napoleón. Estas magníficas tropas tomaron sus posiciones en menos de una hora, y su despliegue produjo un efecto de los más sorprendentes, excitando en Napoleón un sentimiento de orgullo y de confianza que se manifestó en su rostro y en sus palabras. Queriendo despertar aún más, si era posible, para aquella jornada el entusiasmo de sus soldados, recorrió de nuevo el campo de batalla pasando por delante de las tropas desde la izquierda á la derecha. A su vista los infantes colocaban su morrión en la punta de sus bayonetas, los jinetes en la de sus sables, y lanzaban violentos gritos de *viva el emperador!*, que se prolongaban y se repetían de un modo inusitado. Valiéndose de este medio se presentó á todo su ejército, y le dejó ebrio de alegría y de esperanza, á pesar de haber pasado una espantosa noche sobre el fango, sin fuego, casi sin víveres, mientras que el ejército inglés, llegando á su campamento muchas horas antes que los franceses al suyo, y habiendo encontrado en él alimento abundante, había sufrido muy poco. Sin embargo, los soldados de Napoleón habían tenido la mañana para preparar su rancho, y por lo demás se hallaban poseídos de una exaltación tan grande que les permitía sobreponerse lo mismo á los sufrimientos que á los peligros.

Aprobando Napoleón el dictamen de Drouot, tomó el partido de esperar á que se secase el suelo, tanto más cuanto que no tenía ningún motivo para apresurar la batalla, sobre todo después de ver á los ingleses resueltos á no evitarla. Aplazando la lucha conseguía dos ventajas: la de que se consolidase el terreno, lo que únicamente debía redundar en provecho del ataque, y la de dar á Grouchy el tiempo de llegar, porque todo debía hacerle esperar que no tardaría en presentarse á su vista el general á quien había confiado el mando de su ala derecha. Como hemos dicho, Grouchy le anunció á las diez de la noche que se hallaba en Gembloux dispuesto á dirigirse á Lieja ó á Wavre, pero más inclinado á escoger este último punto, y empezando á comprender que su misión principal era la de separar á los prusianos de los ingleses. A las dos de la madrugada volvió á escribir para manifestarle que marcharía definitivamente hacia Wavre en cuanto amaneciese. Con estos precedentes y habiéndole reiterado á las tres de la mañana la orden que le había comunicado á las diez de la noche, pensaba Napoleón que si Grouchy no llegaba á su lado con todo su cuerpo de ejército, le enviaría por lo menos un destacamento de siete mil hombres quedándose con veintiséis mil, los suficientes para conener á los prusianos, ó para replegarse combatiendo hacia la derecha de Mont-Saint-Jean. Napoleón contaba, pues, ó con un destacamento de su ala derecha, ó con toda ella en masa. Sin embargo, á pesar de las órdenes expedidas por la noche y repetidas en la madrugada, quiso enviar un nuevo oficial á Grouchy para informarle bien de la situación y explicarle una vez más la clase de concurso que se esperaba de su parte. Llamó

al oficial polaco Zenowicz, destinado á llevar este nuevo mensaje, le condujo á un montecito desde el cual podía abarcarse todo el horizonte, y después volviéndose hacia la derecha: «Espero á Grouchy por este lado, le dije, y le espero con impaciencia...; id á buscarle, traedle y no le abandonéis hasta que *su cuerpo de ejército venga á situarse en nuestra línea de batalla.*» Napoleón recomendó á este oficial que apresurase su marcha todo lo más posible y que se hiciese dar por el mariscal Soult un despacho escrito, precisando más aún todas las órdenes que acababa de comunicarle verbalmente. Después Napoleón, que había pasado la noche ocupado en verificar diversos reconocimientos por medio de lodazales, y que desde que había salido de Ligny el día anterior á las cinco de la mañana no había descansado más que tres horas, se echó en su cama de campaña. Por entonces se hallaba á su lado su hermano Jerónimo. «Son las diez, le dije, voy á dormir hasta las once: estoy seguro de que me despertaré, pero de todos modos despiértame; porque, añadió mostrando á los oficiales que le rodeaban, ellos no se atreverían á interrumpir mi sueño.» Después de haber pronunciado estas palabras, reclinó su cabeza sobre la dura almohada y á los pocos minutos se quedó profundamente dormido.

Durante este tiempo todo se hallaba en movimiento en torno suyo, y cada cual ocupaba del mejor modo posible la posición que se le había señalado. Los ingleses, repuestos de sus fatigas y bien alimentados, se colocaban metódicamente sobre el terreno en donde debían desplegar su habitual tenacidad. Los franceses acababan de tomar á toda prisa un escaso rancho, y sin haber descansado, sin haber apenas comido, esperaban con impaciencia la señal del combate, que se hallaban acostumbrados á recibir de las baterías de la guardia. Algunas divisiones no hacían más que llegar á colocarse en línea, y particularmente la del general Durutte, retrasada por culpa del estado mayor general, corría á su puesto casi sin haber tenido tiempo de comer el rancho, pero el ardor que animaba á los soldados franceses les hacía mirar con indiferencia todos los sufrimientos, por más que fuesen hijos de las circunstancias ó de la torpeza de sus jefes.

A lo lejos, el movimiento de los diversos ejércitos tenía igualmente por objeto la acción decisiva que iba á comprometerse en la meseta de Mont Saint-Jean. Blücher, después de haber reunido sus cuatro cuerpos de Wavre desde la víspera y de haber recogido algunos prófugos que la caballería francesa, mal dirigida dejó escapar, se disponía á cumplir al duque de Wellington la palabra que le había dado auxiliándole con todas ó una parte de sus tropas. Conservaba cerca de ochenta y ocho mil hombres, bastante estropeados por los combates del día 16, pero que se hallaban, gracias á su patriótico ejemplo, dispuestos á pelear de nuevo con la mayor, con la última adhesión. El 4.º cuerpo, el de Bulow, no había disparado aún un solo tiro, y era el primero que debía avanzar hacia Mont Saint-Jean, con cuyo motivo le prescribió que desde el amanecer atravesase el Dyle; pero este cuerpo, detenido por un incendio en su marcha á través de la ciudad de Wavre, no pudo ponerse en movimiento hasta después de las siete de la mañana. Tenía orden de dirigirse á la capilla de Saint Lambert, situada sobre el flanco de la posición

en donde iban á trabar la batalla los ingleses y los franceses, y podía llegar á este punto á la una de la tarde. El proyecto de Blücher era apoyar á Bulow con el cuerpo de Pirch I (2.º cuerpo), dirigiendo á Ziethen (primer cuerpo) á lo largo de la selva de Soignes por el estrecho camino de Ohain, á fin de que pudiese llegar más cerca aún de la izquierda de los ingleses. Los dos cuerpos de Pirch I y de Ziethen, reducidos á cerca de quince mil hombres cada uno, y unidos á Bulow que no había perdido un solo soldado, formaban un total de sesenta mil combatientes, socorro que los prusianos se proponían ofrecer al duque de Wellington. Por último, Blücher resolvió dejar en su retaguardia á Thielmann (tercer cuerpo) que había sufrido poco en Ligny, y le ordenó que contuviese á Grouchy delante de Wavre disputándole el pasaje del Dyle.

No hay duda que la posible aparición de sesenta mil prusianos por su flanco derecho era para Napoleón un suceso extremadamente grave; pero aún le quedaban treinta y cuatro mil franceses victoriosos dos días antes en Ligny, llenos de confianza en sí propios y de adhesión á su bandera, hallándose además en tal posición que podían dejar caer sobre la cabeza de los prusianos el golpe con que amenazaban la suya en aquellos momentos. Llegando á Mont Saint-Jean antes que Blücher, debían hacer á Napoleón invulnerable, por lo menos durante un día: si llegaban después, colocaban á Blücher entre dos fuegos y debían destruirle. La cuestión era saber si llegarían, y ciertamente era difícil poner en duda que llegasen.

Efectivamente, ya hemos visto cómo el mariscal Grouchy, después de haber perdido la mitad del día precedente en inútiles pesquisas, concluyó por descubrir la marcha de los prusianos hacia Wavre y por encaminarse á Gembloux. Llegó tarde á este punto, pero sus tropas, que en todo el día no habían andado más que dos leguas y media, podían, emprendiendo la marcha el 18 á las cuatro de la mañana, llegar á cosa de las nueve ó las diez á los parajes más alejados del teatro de las operaciones. Por desgracia, aunque al final del día no conservase Grouchy duda alguna acerca de la dirección que habían seguido los prusianos, no dió las órdenes de partir hasta las seis de la mañana á Vandamme, hasta las siete á Gerard; y como no había sido previsto el tiempo necesario para la distribución de víveres, las tropas de Vandamme no pudieron emprender su marcha hasta las ocho y las de Gerard hasta las nueve (1). Sin embargo, á pesar de estos retrasos nada se había perdido, nada se había comprometido, porque se hallaban separados los unos de los otros á cuatro leguas en línea recta, á cinco cuando más, por los caminos de travesía.

El cañón, que iba en breve á llenar la comarca con su estruendo, debía ser la orden más clara y terminante, y aún suponiendo que necesitase cinco horas para reunirse con Napoleón (lo que es exagerado como no tardaremos en ver), les quedaba bastante tiempo para llevar un peso decisivo en la balanza de los destinos de la Francia. Así, pues, si Blücher marchaba hacia Mont Saint-Jean, Grouchy, según todas las probabilidades,

(1) Hubo tropas que no salieron de Gembloux hasta las diez. Tengo en mi poder cartas escritas por los habitantes de esta población que atestiguan estos detalles. (N del A.)

debía encaminarse también al mismo punto, y á las once de la mañana, bien se ignorasen ó conociesen los detalles que acabamos de referir, inspiraba tantos temores como esperanzas la suerte de la Francia. Que decimos... tantos temores como esperanzas! No, no había más que esperanzas que abrigar, si el cañón que enviase el eco de su estampido á los treinta y cuatro mil franceses que mandaba Grouchy, despertaba su inteligencia y les inspiraba el partido que debían tomar. Por desgracia iba á producir este efecto en ellos, iba á llenar de luz á todos, excepto á uno, ¡precisamente al que los dirigía!

El oficial polaco Zenowicz, á quien Napoleón encargó que llevase sus últimas instrucciones al mariscal Grouchy, perdió una hora al lado del mariscal Soult para obtener el despacho escrito que como jefe del estado mayor debía darle; despacho ambiguo hasta no más, que no valía el tiempo que se había empleado en su redacción. Decía que iba á trabarse una gran batalla con los ingleses, y que por lo tanto debía apresurarse á marchar hacia Wavre, para estar en comunicación estrecha con el ejército y *ponerse de acuerdo con él en las operaciones.* Sin embargo, por vago que fuese este lenguaje, unido á las órdenes de la víspera, interpretado en vista de la situación, decía lo bastante; que debía apresurarse, bien para interponerse entre los ingleses y los prusianos, ó bien para asediar á estos últimos de cualquier modo, con tal de que los ocupase, impidiéndoles ofrecer la victoria á los ingleses.

Acababan de dar las once: Napoleón, sin dejar á su hermano el cuidado de despertarle, estaba ya de pie. Abandonó la heredad del *Caillou* y fué á establecerse en la de la *Belle-Alliance*, desde la que dominaba todo el espacio en donde iba á trabar su última batalla. Se situó en una prominencia del terreno, teniendo sus mapas extendidos sobre una mesa y hallándose rodeado por sus oficiales. Al pie de esta prominencia esperaban los caballos ensillados. Los dos ejércitos aguardaban inmóviles la señal del combate. Los ingleses estaban tranquilos, porque confiaban en su valor, en su posición, en su general y en el próximo concurso de los prusianos. Los franceses (hablamos de los soldados y de los oficiales de inferior graduación), exaltados hasta no poder más, no pensaban en los prusianos ni en Grouchy, sino en los ingleses que tenían delante; no pedían otra cosa que acercarse á ellos, y esperaban obtener la victoria con sus esfuerzos y los del genio fecundo que los mandaba, el cual siempre había sabido encontrar con oportunidad combinaciones irresistibles.

A las once y media dió Napoleón la señal, y le respondieron ciento veinte cañonazos disparados por las baterías francesas. Según el plan que había concebido de rechazar hacia el centro el ala izquierda de los ingleses para arrebatársela la calzada de Bruselas, el principal ataque debía ser ejecutado por la derecha francesa, y Napoleón acumuló en ella una porción de piezas de artillería. No sólo llevó á este punto las baterías de á doce del conde de Erlón, encargado de este ataque, sino también las del general Reille, encargado del ataque de la izquierda, las del conde de Lobau que formaban en la reserva, y algunas piezas de la guardia. Con estos elementos estableció una batería de ochenta cañones, los cuales disparando por encima del valle

situado entre los dos ejércitos, enviaban sus balas hasta el reverso de la meseta de Mont Saint-Jean. Oblicuándose un poco hacia atrás la izquierda de los ingleses á causa de la configuración del terreno, la derecha francesa la seguía en este movimiento y formaba un ángulo con la línea de batalla, de modo que muchas de las balas que disparaban sus cañones, tomando de frente la gran calzada de Bruselas, caían en el centro del ejército británico.

El general Reille á la izquierda reunió las baterías de sus divisiones, las de la caballería de Piré, y comenzó á disparar sobre el bosque y el castillo de Goumont. Para sostener el fuego de esta ala ordenó Napoleón que se reuniese á ella la artillería de á caballo de Kéllermann, que se hallaba detrás del cuerpo de Reille, y por aquel lado cuarenta cañones lo menos cubrían con sus proyectiles la derecha del duque de Wellington. Muchas balas se perdían, pero las otras llevaban la muerte á los puntos más compactos de las masas enemigas, y producían en ellos profundos huecos á pesar de guarecerse detrás de la meseta.

Después de media hora de un violento cañoneo ordenó Napoleón el ataque del bosque y del castillo de Goumont. Tenía dos razones para comenzar su acción por la izquierda, la de que el punto de Goumont se presentaba el primero por ser el más avanzado, y la de que, llamando la atención del enemigo hacia su derecha, le separaba un poco de su izquierda, que era en donde debía operarse el principal esfuerzo de los franceses.

El 2.º cuerpo, formado por las divisiones Foy, Jerónimo y Bachelú, bajó al valle, y situándose en torno del bosque de Goumont, le encerró en una especie de semicírculo. La división Foy que constituía el extremo izquierdo, defendida de flanco por la caballería de Piré, debió avanzar un poco más, á fin de llegar á la parte de la línea inglesa que descubría un contorno hacia atrás; pero no era la primera que debía romper el fuego. Encuntrando la división Jerónimo el bosque de Goumont prolongado hacia el sitio que ocupaban los franceses, se lanzó sobre él de pronto, mientras que la división Bachelú llenaba á su derecha el espacio comprendido entre Goumont y la calzada de Bruselas. Los tiradores franceses rechazaron á los del enemigo; después la brigada Bauduín, compuesta del 1.º de ligeros y del 3.º de línea, se entró en el bosque, que consistía en una arboleda bastante clara y en un soto muy espeso detrás de la arboleda. Se hallaba ocupado por un batallón de Nassau y por algunas compañías hannoverianas. Cuatro compañías de guardias ingleses custodiaban el edificio situado al lado opuesto del bosque, y completaban una guarnición que, según hemos dicho, contaba mil ochocientos hombres.

La brigada Bauduín sufrió un fuego mortífero que partiendo del soto llenaba los espacios de la arboleda, y era difícil responder á un enemigo oculto; razón por la cual los soldados franceses se apresuraron á internarse en la espesura matando á bayonetazos á los adversarios que les habían tirado á quemarropa. En este ataque recibió la muerte el bizarro general Bauduín. Los nassauvienses, favorecidos por el terreno, se defendieron á todo trance, pero el príncipe Jerónimo, rodeando el bosque por la derecha con la brigada de Soye, les obligó

á retirarse. Apenas tomado el bosque, hallaron los franceses un obstáculo mucho más difícil de vencer. Después del bosque había una huerta rodeada de una cerca viva formada por grandes árboles fuertemente entrelazados, y de esta especie de muro impenetrable salía una granizada de balas. Los primeros soldados que traspasaron el límite del bosque cayeron bajo el fuego enemigo; pero la audacia de los infantes franceses no se detuvo ante el peligro: se precipitaron sobre la espesa cerca, se abrieron un camino con el hacha en la mano, y mataron á bayonetazos á todos los que no pudieron huir. Vendido este segundo obstáculo, aún encontraron otro. Al lado opuesto de la cerca se levantaba el castillo, consistiendo á la derecha con una gran muralla atrincherada y á la izquierda en una casa de campo de una notable solidez, ocupadas por seiscientos hombres de los guardias ingleses.

No había necesidad ciertamente de perder centenares y sobre todo miles de hombres para vencer este obstáculo, porque no era este el verdadero punto de ataque, y bastaba la conquista del bosque para contar con un apoyo contra las empresas que el enemigo se propusiera llevar á cabo por la izquierda de los franceses, sin sacrificar con un objeto enteramente secundario la brillante infantería del 2.º cuerpo que comprendía una tercera parte de la infantería del ejército.

El general Reille, que pensaba de este modo, dió la orden de que no se empeñasen en tomar á toda costa las dependencias del castillo; pero no pudo vigilar de cerca la ejecución de su mandato, y los generales de brigada y de división, impulsados por su ardor y el de las tropas, se obstinaron en conquistar la casa de campo y el castillo. Viendo el duque de Wéllington el encarnizamiento de los franceses, envió acto continuo un batallón de Brunswick y nuevos destacamentos de los guardias ingleses. La lucha no tardó en ser de las más violentas.

Mientras que el ala izquierda se batía de este modo, Napoleón, obligado á confiar á sus generales la dirección detallada de los ataques, observaba atentamente el conjunto de la batalla y preparaba la principal operación contra el centro y la izquierda del enemigo. Ney debía ejecutar á su vista esta operación, cuyo objeto, como hemos dicho, era tomar á los ingleses la calzada de Bruselas, única salida practicable á través de la selva de Soignes. Las tropas del primer cuerpo, desoladas por haber sido inútiles el 16, esperaban con impaciencia la señal del combate. Napoleón con el anteojo en la mano procuraba ver si el enemigo había tomado algunas disposiciones nuevas después del ataque comenzado contra el castillo de Goumont: todo lo más que pudo apercibir fué que avanzaban algunas tropas desde Braine-le-Alléud. Era la división Chassé, inútilmente dejada por el duque de Wéllington en su extrema derecha, que iba á reunirse con las fuerzas situadas más inútilmente aún en Hall. Mientras que el general inglés hacía avanzar á esta división para reforzar su derecha, parecía inactivo en el centro y en su izquierda, limitándose en este último punto á dar consistencia á las filas que destruían por partes las balas enemigas.

Napoleón con los ojos fijos en su extrema derecha, por donde debía acudir Grouchy, apercibe de pronto en la dirección de la capilla de Saint-Lambert como una

sombra en el horizonte, cuyo verdadero carácter no era fácil de apreciar. Si se recuerda la descripción que hemos hecho del campo de batalla, tendrán presente nuestros lectores que el valle que separaba á los dos ejércitos extendiéndose hacia Wavre, pasaba sucesivamente al pie de las heredades de Papelotte y de la Haye, atravesaba después bosques espesos, se reunía cerca de la capilla de Saint-Lambert al valle que servía de lecho al arroyo de Lasne, y por último iba mucho más lejos á confundirse con el valle del Dyle. En estas lejanas alturas de la capilla de Saint-Lambert fué donde se mostró la especie de sombra que Napoleón distinguió en el confín del horizonte. La sombra parecía avanzar, y por lo tanto hacía suponer que eran tropas. Napoleón prestó su anteojo al mariscal Soult, este último á varios generales del estado mayor, y cada cual expresó su parecer. Los unos creían ver en la sombra las cimas de algunos bosques, los otros un objeto semoviente que se ponía en marcha. En la duda suspendió Napoleón sus órdenes de ataque para cerciorarse de lo que podía ser aquella alarmante aparición; pero no tardó con su tacto exquisito en convencerse de que eran tropas que avanzaban. ¿Constituían el destacamento pedido á Grouchy ó era Grouchy mismo con todas sus fuerzas? ¿Eran los prusianos? La distancia impedía distinguir el uniforme francés del prusiano, tanto más cuanto que los dos eran de un color azul. Napoleón llamó al general Domón, comandante de una división de caballería ligera, le hizo subir á la prominencia en donde estaba, le mostró las tropas que se apercibían en el horizonte, y le encargó que fuese á reconocerlas con orden de contenerlas si eran enemigas, comunicándole inmediatamente cuanto averiguase. Para que le secundara en el cumplimiento de su misión, le confió la división ligera de Subervic con mil doscientos ó mil trescientos caballos. Entre las dos divisiones formaban un total de dos mil cuatrocientos, y podían no sólo observar, sino contener la marcha del cuerpo que avanzaba si por acaso era enemigo.

Este incidente no excitó todavía la inquietud de Napoleón. Si era cierto que Grouchy había dejado escapar algunas columnas laterales del ejército prusiano, no podía menos de perseguirlas, y presentándose poco después de ellas, el accidente en vez de ser perjudicial se tornaría en ventajoso, porque hallándose entre dos fuegos las columnas en cuestión no tardarían en ser destruídas. Por lo demás el misterio no tardó en aclararse. La caballería ligera francesa se apoderó de un subteniente de húsares que llevaba una carta del general Bulow al duque de Wéllington anunciándole su próxima llegada y pidiéndole instrucciones. Conducido este oficial, que era bastante inteligente, á presencia de Napoleón, declaró que las tropas que se descubrían eran el cuerpo de Bulow, compuesto de treinta mil hombres, y enviado para reunirse con el ala derecha del ejército inglés. Esta revelación era bastante seria, sin ser á pesar de todo alarmante. Si Bulow que llegaba de Lieja por Gembloux y que había debido desfilarse á la vista de Grouchy, se hallaba tan próximo, Grouchy, que para no verle había necesitado cerrar los ojos, no podía estar muy lejos. O todo su cuerpo, ó el destacamento que le había pedido iba á llegar al mismo tiempo que Bulow, y hasta era muy posible que este accidente redundase

en provecho del ejército francés. Con efecto, situando á la derecha, después de replegado en forma de martillo, un grueso destacamento con el fin de contener á Bulow, este último se vería entre dos fuegos, que le hicieran los siete mil hombres pedidos á Grouchy ó los treinta y cuatro mil que formaban su cuerpo y que él mismo podía guiar. Napoleón llamó al conde de Lobau y le ordenó que fuese á escoger en la pendiente de las alturas que bajaban hacia el Dyle un terreno en el cual pudiese defenderse durante mucho tiempo con sus dos divisiones de infantería y las dos divisiones de caballería de Domón y de Subervic. Entre las cuatro componían una masa de diez mil hombres, que dirigidos por el conde de Lobau aumentarían considerablemente su valor intrínseco y podrían muy bien aguardar á los siete mil que, poniéndose en lo peor, debían esperarse de Grouchy, si no acudía este general con la totalidad de sus fuerzas. De este modo se oponían diez y siete mil hombres á los treinta mil de Bulow, distribuidos convenientemente para alcanzarle por la retaguardia. No había, pues, motivo para alarmarse. Sin embargo, Napoleón se privaba de diez mil hombres necesarios para lanzarse sobre el ala izquierda de los ingleses, para arrollarla hacia su centro, y para despojar al ejército británico de la calzada de Bruselas. Pero la guardia, cuyos servicios no se economizaban ya en estas desesperadas guerras, combatiría como reserva, y no porque costase más, el triunfo sería menos decisivo. Así, pues, no se desanimó Napoleón; pero en vez de tener setenta y cinco mil combatientes, quedaban reducidas sus fuerzas á sesenta y ocho mil hombres, con los cuales debía luchar contra ciento cinco mil; las probabilidades de vencer eran menores, pero grandes todavía.

Es verdad que hubiera podido replegarse y renunciar á combatir; pero replegarse en medio de una batalla comenzada, delante de los ingleses y de los prusianos, era una resolución de las más graves: era perder el ascendiente de la victoria de Ligny, era regresar vencido á la frontera que dos días antes había atravesado como vencedor, con la seguridad de tener que luchar quince días después contra doscientos cincuenta mil enemigos más, pertenecientes á la columna formada por los rusos, los austriacos y los bávaros. Más le valía continuar una batalla que ganada mantenía definitivamente las cosas en la situación que deseaban los franceses, que retroceder para ver reunirse á las dos columnas del Norte y del Este y anonadarle con su doble fuerza. En su posición no tenía más remedio que vencer ó morir. Napoleón lo sabía, y no le cogía de nuevas cuanto contribuía á formalizar los sucesos de la jornada. Por lo demás, para pensar que los prusianos llegarían sin Grouchy, era necesario ponerse en lo peor, y suponer á la fortuna tan rigurosa, que en veinte años de guerra no había llegado jamás á un grado de rigor tan extremado. Por lo tanto se limitó á tomar nuevas precauciones á fin de que Grouchy llegase á colocarse en línea, prescribiendo al mariscal Soult que le enviase un oficial con un despacho fechado á la una, anunciándole la aparición de las tropas prusianas por la derecha y llevándole el orden formal de avanzar para destruirlas. Un oficial encaminándose á golope hacia el punto en donde se hallaba Grouchy, debía encontrarle en menos de dos horas, y conducirlo en menos de tres á la distancia de un tiro

de fusil de los dos ejércitos. Así, pues, Grouchy podía antes de las seis ayudar á Napoleón, y á aquella hora no se habría todavía decidido la batalla; pudiendo hasta entonces Lobau conservar su posición con el flanco derecho, ayudado por la forma del terreno y por su energía.

De todos modos lo que pasaba era una razón de más para apresurar el ataque contra el ala izquierda de los ingleses, porque además de la ventaja de poder dirigir las fuerzas francesas al encuentro de Bulow si vencían á esta parte del ejército británico, había la de poderle separar de los prusianos y la de estorbar que les prestasen socorro alguno. En vista de esto, dió Napoleón al mariscal Ney la señal del ataque.

Esta importante operación debía inaugurarse con un vigoroso golpe en el centro contra la heredad del Haye-Sainte, situada sobre la gran calzada de Bruselas. Una vez desplegada el ala derecha francesa, debía en seguida subir á la meseta, apoderarse del camino de Ohain, lanzarse sobre el ala izquierda de los ingleses, y procurar rechazarla hacia el centro para arrebatarles el Mont-Saint-Jeán en el punto de intersección de los caminos de Nivelles y de Bruselas. La brigada Quiot de la división Alix (primera de Erlón), formada en columna de ataque sobre el camino real y apoyada por una brigada de los coraceros de Milhaud, recibió la orden de apoderarse de la heredad del Haye-Sainte. La brigada Bourgeois (segunda de Alix), situada á la derecha del camino real, debía formar el primer escalón del ataque de la meseta; la división Doncelot debía formar el segundo, la división Marcognet el tercero, y la división Durutte el cuarto. Ney y de Erlón habían adoptado para esta jornada, sin duda con el fin de dar mayor consistencia á su infantería, una disposición singular cuyos inconvenientes no tardaron en dejarse sentir. En el ejército francés acostumbraban las columnas de ataque á presentarse al enemigo con un batallón desplegado al frente para que hiciese fuego, y otro en cada flanco en columna cerrada para contener las cargas de la caballería. Contra esta costumbre Ney y de Erlón desplegaron los ocho batallones de cada división, formándolos los unos detrás de los otros á la distancia de cinco pasos, de modo que apenas había espacio para los oficiales entre los batallones desplegados, siéndoles además imposible formarse en cuadro á los flancos para resistir á la caballería. Las cuatro divisiones constituyendo, como decimos, cuatro columnas espesas y profundas, avanzaban á la misma altura, dejando de la una á la otra un intervalo de trescientos pasos. De Erlón se hallaba á caballo al frente de sus divisiones escalonadas, y Ney dirigía en persona la brigada Quiot, que caminaba á apoderarse del Haye-Sainte.

El general Picton mandaba el ala izquierda de los ingleses. Tenía en primera línea el 95 batallón de la brigada inglesa Kempt, emboscado á lo largo del camino de Ohain, y después del 95, siempre en el mismo camino, la brigada Bylandt de la división Perpóncher. En segunda línea, al borde de la meseta, había colocado el resto de la brigada Kempt, la brigada escocesa Pack, y las brigadas hannoverianas Vincke y Best. La brigada Sajonia-Wéimar (división Perpóncher) ocupaba las heredades de Papelotte y de la Haye. La caballería ligera inglesa de Vivián y de Vandeleur estaba en el